

# Comentarios

## *Ellacuría*

Hace algunos años, al inicio de los ochenta, andaba queriendo profundizar en el estudio de Marx y había leído, tal parece que en Lenin, que sin conocer a Hegel era imposible dominar a Marx. Luego que se conocen los Grundrisse y el "Capítulo sexto" (inédito) de Marx, cambian las opiniones. No obstante, cuando me tocaba exponer el método de la economía política de Marx y leía en uno de sus prólogos:

Mi método dialéctico no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y esto la simple forma en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre.

Me enfrentaba a un serio problema: intuía que esta formulación representaba el deslinde entre la filosofía idealista y la materialista. Pero cómo exponer esa visión de Marx sin caer en la ridiculización de Hegel. Sin hacer una mala caricatura de Hegel. Y adicionalmente, sin herir a los estudiantes en sus sentimientos religiosos —ya que resultaba fácil decir: la idea, lo absoluto es, Dios y lo real aquello en que Dios toma cuerpo— debía hacerles comprender las dos visiones filosóficas contrapuestas, la de Hegel y la de Marx.

En estas andaba. Estos eran mis problemas existenciales, cotidianos. Muy diferentes a los de ahora: preocupación y ocupación por los niveles de colesterol, de triglicéridos, de azúcar en la san-

gre, de presión sanguínea, etc. Conocía ya del talento del padre Ellacuría, pues, a nivel del tercer año de economía, había recibido un curso de ética con él y en varias ocasiones nos comentó sobre nuestra publicación, un periodiquito impreso en mimeógrafo, llamado *Libert*, por aquello de la libertad inconclusa que vivíamos y sufríamos, como ahora. Pues bien, cuando me iniciaba como docente, decidí cursar cualquier curso que impartiera el padre Ellacuría. Creo que recibí dos cursos sobre Zubiri, otro que no recuerdo cómo se llamaba y un cuarto que versaba sobre Dios. Para entonces él ya se había enterado que yo andaba tras Hegel y al inicio de un ciclo me recibió diciéndome: "Pues ahora, no nos vamos a ocupar de Hegel, sino de Dios, lo cual a usted seguramente no le interesará".

La cuestión de Dios, a pesar de confesarme marxista, nunca me ha dado mayores problemas. Dios está en el ámbito de la fe y tiene un lugar dentro de mi vida personal, anímica, espiritual. Es algo íntimo, muy mío y sobre lo cual no discuto jamás. A mí me funciona y es suficiente. Pero la vida social, política, económica, cultural, ideológica, etc., es cosa de los humanos, como las religiones mismas, de allí que las religiones sí me dan problemas, aunque me sentía muy bien con la teología de la liberación y es por ello que tengo muchísimas coincidencias con las visiones del padre Sobrino, como las tenía con el padre Ellacuría.

Pero cómo es que no iba a coincidir con alguien que sostenía la idea de un socialismo latinoamericano. Así tituló el padre una charla que nos impartió un sábado por la tarde a un grupo de estudiantes, en una de las aulas más grandes del Edificio A. En aquel entonces no habían magnas, ni

auditorio. El padre quedó muy satisfecho de la nutrida asistencia, aunque en el transcurso de la conferencia algunos estudiantes ideologizados en exceso del naciente FUR (Frente Universitario Revolucionario) 30, comenzaron a retirarse ante los serios cuestionamientos que el filósofo hacía.

Por estos años, el padre Ellacuría publicó un artículo en la naciente revista *Abra*: "Filosofía, ¿para qué?". Algunos estudiantes organizados, ante el poco sentido que le encontrábamos al curso de filosofía que nos impartía un tal Dr. Domínguez, le recomendamos leerlo. A mí me encantó y todavía lo leo. Es más, en esta ocasión hasta lo citaré.

Pero bien, dada mi asistencia a los cursos de Ellacuría y resultándole ya conocido, en cierta ocasión me sugirió estudiar a los tomistas, no por su contenido, me dijo, sino porque me ayudarían a ordenar mi pensamiento. Andando el tiempo, me sugirió estudiar la carrera de filosofía. Su argumento fue el siguiente: ¿Sabe usted quien fue el mejor Ministro de Industria de Nicaragua? (Obviamente durante la época de los primeros sandinistas.) No sé, le respondí. Un filósofo, fue su respuesta. ¿Y sabe quien ha sido el mejor Ministro de Educación en el país? Samayoa, respondí por deducción lógica. Un filósofo, agregó el padre. En tal alta estima tenía a la filosofía, que, a su juicio, un filósofo era bueno en cualquier actividad a la cual se dedicara.

Terminé por hacerle caso y me matriculé en filosofía. Estudié a Kant con el padre Amando López, Habermas con Armando Oliva, otro curso con Héctor Samour. Pero en eso me apareció la beca para la maestría en economía y me marché a hacer el postgrado; sin embargo, creo que la filosofía ha sido determinante en mi vida intelectual, mucho más de lo que pueda imaginar. Creo que la filosofía debe ocupar un lugar muy importante en la formación de cualquier universitario: ya que marca la diferencia entre un técnico robotizado y un intelectual pensante. La filosofía es lo que nos permite defendernos de la sociedad alienada y alienante, en la cual vivimos, la que le da sentido a nuestras vidas, la que nos permite entender el porqué es más importante ser que tener, por ejemplo.

Ciertamente, a la ideología neoliberal le desagrada todo el saber humanista, no quiere que pensemos, que interroguemos, que cuestionemos, que dudemos, que critiquemos. Teme que podamos no sólo entender el mundo, sino que busquemos transformarlo, como decía Marx, en sus famosas

tesis sobre Feuerbach. Siempre digo a los estudiantes: piensen que, de lo contrario, por aquello que decía Descartes, corren el peligro de dejar de existir. Pero es que pensar se está convirtiendo en una tarea cada vez más difícil y a ello contribuyen los educadores, cuando eliminan del bachillerato y de las licenciaturas el estudio de la filosofía. Debo reconocer que sin ser técnicamente apto para defender la enseñanza de la filosofía, creo que el hecho de que lo intente tiene, al menos, dos ventajas: la primera, es que podría motivar a quienes sí están técnicamente preparados para hacerlo a que se manifiesten públicamente. Me refiero a nuestros profesores de filosofía, en su gran mayoría formados en tiempos del padre Ellacuría. La segunda es que no siendo formado técnicamente en el filosofar, podría quizá mostrar cómo me ha servido la filosofía para vérmelas con la realidad.

Fundamentaré mis afirmaciones en aquel articulejo, así llamado por el mismo Ellacuría, "Filosofía, ¿para qué?". Se podrá argumentar que mis críticas al orden establecido, al sistema capitalista, a la realidad en que vivimos provienen de mi visión marxista, más que de un quehacer filosófico, fruto de la duda, de la negación crítica. Pero es que el marxismo también es una filosofía y no un conjunto de dogmas como algunos piensan. El pensamiento propio, me parece, se va constituyendo a partir de un cúmulo de diferentes corrientes de pensamiento, pero lo que lo hace propio es la selectividad que cada uno hace.

Ciertamente, coincido con Sócrates cuando, según el decir del padre Ellacuría, pensaba que sin filosofía, el hombre y la ciudad no pueden llegar a conocerse a sí mismos y mucho menos a realizarse como debieran. Cuando insistimos que en una sociedad como la nuestra importa más el tener que el ser y que ello está siendo determinado por unos valores propios del capitalismo, sin duda estamos buscando conocernos a nosotros mismos y a nuestra sociedad y a la par estamos señalando los límites que a nuestra propia realización personal y social imponen tal forma de ser individual y social. Y por el contrario, mostramos cómo en la nueva economía popular, importa más el ser que el tener, en tanto que se orienta por otros valores: la cooperación, la solidaridad, la unidad, etc., y cómo se potencia el ser individual dentro del ámbito social.

Pero esta concepción de la sociedad que tiene su base y su fundamento en las comunidades organizadas, acaso no se corresponde con la propuesta

del padre Ellacuría. El proponía una civilización del trabajo en oposición a la civilización del capital o la civilización de la pobreza frente a la civilización de la opulencia. Y ya antes nos había hablado del socialismo latinoamericano. Ambas propuestas, claramente utópicas, en el buen sentido del término, como aquello aún no realizado, acaso no responden a la cuestión ¿hacia dónde debe de dirigirse la vida humana para que tenga sentido? Obviamente, ante la racionalidad irracional del capitalismo se hace necesaria la utopía. De ello se han ocupado Campanella, Tomas Moro, Owen, Fourier, Saint Simon, Marx, Ellacuría. Este último decía sobre la utopía:

Pensar que la utopía, en su propia formalidad intrínseca, es algo fuera de todo lugar y tiempo histórico, supone subrayar una de las características de la utopía con descuido de lo que es su naturaleza real, tal como se ha dado en quienes de una u otra forma han sido utopistas. No hay posibilidad de salirse de la historicidad de lugar y tiempo, aunque tampoco es inevitable quedarse encerrado en los límites de este lugar y de este tiempo.

Este no quedarse encerrado en los límites de este lugar y de este tiempo es la gran falla de los pragmáticos. Conozco algunos que, disfrazándose de realistas, caen en el pragmatismo más burdo y simple. La realidad es así y, en consecuencia, no se puede hacer nada. Eso que a menudo decimos, pero debería de ser. Les suena a meros juicios de valor.

Ahora bien, se podrá pensar que más que marxista, lo que soy es revisionista, ya que no repito el carácter revolucionario del proletariado, como tampoco propugno por una sociedad socialista o comunista, tal como lo hiciera Marx. Pero, precisamente, la filosofía nos invita a conocer la realidad verdadera. A ser críticos. La filosofía es la mejor cura contra el dogmatismo. Y en nuestra realidad social, sólo un dogmático podría sostener que los sujetos de la utopía son, en exclusiva, los obreros. La realidad nos indica que junto a ellos existen otros agentes sociales con grandes potencialidades revolucionarias. Por otra parte, es obvio que no puede existir una sola vía para transformar la sociedad capitalista. El padre Ellacuría escribió al respecto:

Hay una autonomía de la propia individualidad en la estructura social... y en esa individualidad juega un papel decisivo la relativa autonomía del pensamiento. La filosofía pretende ser un desarrollo a fondo de esa autonomía, en cuanto pretende temáticamente liberarse de toda imposición para emprender su tarea de racionalidad.

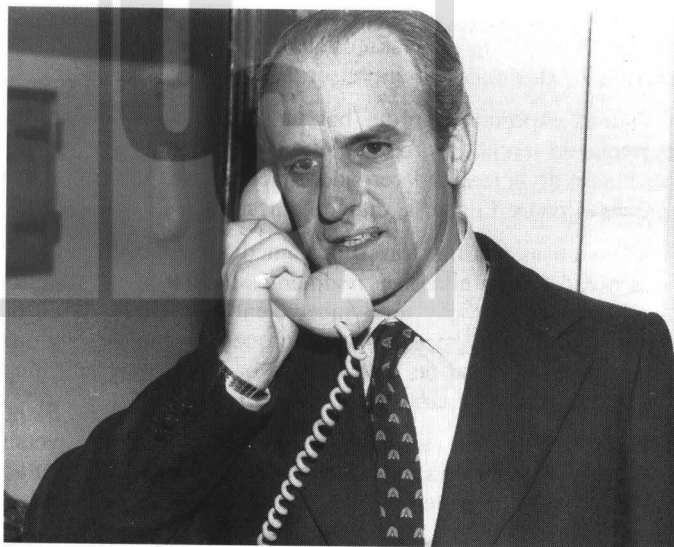
Y antes había señalado,

De hecho sólo "piensan" lo mismo los que en realidad no piensan.

Y son precisamente las mentes ideologizadas las que repiten el mismo parlamento, el mismo discurso, los mismos argumentos. En nuestro tiempo, esto se observa entre los seguidores de la ideología neoliberal y su fundamento se encuentra en el siguiente planteamiento, donde Ellacuría, siguiendo a Marx, declara que

... las clases dominantes intentarían sustituir la verdad de la realidad por toda una superestructura ideológica, que impediría a las clases dominadas darse cuenta de las relaciones reales. La ideología sería un sustitutivo de la realidad y un sustitutivo cuya finalidad objetiva sería enmascarar la realidad, especialmente la realidad socio-histórica...

Ejemplos de esto lo constituyen: la negación de la lucha de clases y de la explotación, así como también los argumentos a favor de la privatización, de la apertura comercial o el desmantela-



miento del Estado y más recientemente, los beneficios de la globalización y de la flexibilización laboral, la libertad duradera y la lucha contra el terrorismo.

Por otra parte, ha sido también la filosofía la que me ha ayudado a entender eso que el padre Ellacuría planteaba sobre los dos planos de la realidad y del saber.

Hay, en efecto, un plano del saber que sólo es meramente aparental que se queda en el parecer de la opinión y corresponde al puro aparecer de las cosas; hay otro plano del saber que es el verdaderamente real y que responde a lo que las cosas son realmente.

Este hecho es de suma importancia y descuidarlo puede traer consecuencias muy graves para el conocimiento de la realidad verdadera. Veamos un ejemplo. El fenómeno de la explotación de los obreros asalariados por los empresarios capitalistas no es aprehensible por medio de los sentidos, aunque se puede aprender por medio del intelecto. Y no es aprehensible en razón de que los obreros representan el salario como una remuneración por su trabajo y no como una venta de su fuerza de trabajo. Esto se ve reforzado por el hecho de que cuanto más trabajan más ganan. Si buscásemos, en consecuencia, conocer el grado de explotación de las trabajadoras de la maquila, por ejemplo, y corrieramos una encuesta técnicamente diseñada, la opinión generalizada sería que no son explotadas. O en todo caso, nos indicarían que son explotadas porque no les pagan horas extras, porque la jornada es muy larga, porque los salarios no les alcanzan, etc. La realidad de las cosas es que aún no ocurriendo tales males, siempre serían explotadas.

Esto es importante, porque hay una tendencia a despreciar la teoría, la producción teórica y el conocimiento de la realidad verdadera y como nos lo señalara el padre Ellacuría, citando a Marx:

Si las cosas nos mostrasen de inmediato y sin esfuerzo lo que ellas son realmente, estaría de sobra todo estudio y todo saber científico. No se estudia y se hace ciencia porque sí, sino porque la realidad de las cosas se oculta y se esconde tras sus apariencias.

Para finalizar este recordatorio con motivo del décimo segundo aniversario del asesinato de nuestro Rector, sus compañeros, así como una emplea-

da y su hija, quiero compartir estos fragmentos encontrados por allí, en Internet. Pienso que no ameritan comentarios, son lo suficientemente diáfanos como para hacerse valer por sí mismos. La Historia, viene a decir Ignacio Ellacuría, no es un "factum", sino un "faciendum". La verdad de la realidad no es lo ya hecho; eso sólo es una parte de la realidad. Hay que observar lo que se está haciendo y tomar conciencia de lo que está por hacer para así comprometer la praxis histórica, necesariamente compleja, en el proceso de transformación de la realidad (citado por José Mora Galiana, "Perfil biográfico. Pensamiento y praxis histórica", Universidad de Huelva. Internet).

En los *Escritos universitarios* no figuran los contenidos de unas fichas que en los archivos personales de Ignacio Ellacuría encontré, redactadas de su puño y letra. Me permito, pues, reproducirlas aquí como primicia, bajo el título de "Decálogo universitario", indicando que éste debe leerse bajo el prisma primero de Ellacuría, según el cual la universidad debe reestructurar drásticamente su docencia desde lo que es la realidad y en dirección de lo que debe ser la realidad, lo que exige una estricta selección de carreras, cuyo criterio no puede ser la demanda por parte de la sociedad establecida, sino la demanda racionalmente calculada de la sociedad por establecer. Esto supuesto, el "Decálogo universitario" de la reestructuración es el siguiente:

- La educación superior, especialmente la estrictamente universitaria, es condición indispensable para el desarrollo del país y para la capacitación y perfeccionamiento de los ciudadanos.
- La sociedad y el Estado deben promover y velar porque se imparta aquella educación superior requerida por las necesidades del país conforme lo más posible a criterios de excelencia académica.
- La autonomía universitaria en lo docente, administrativo y económico, no obstante su articulación con otras instancias de la sociedad y del Estado, es un bien que debe ser propiciado, en orden a conseguir una mayor participación y una mayor creatividad pluralista en la educación superior.
- Siendo importante una docencia realmente universitaria, ésta no podrá ser tal, si no está vinculada con un serio esfuerzo de investigación, el cual no es posible desarrollar sin haber al-

canzado los conocimientos y técnicas congruentes y sin contar con instalaciones y bibliotecas adecuadas.

- La universidad, por ser la instancia científica más alta del país y estar sostenida directa e indirectamente por todo él, debe contribuir a su desarrollo y liberación integral, en una permanente proyección social, que tenga en cuenta el interés general y las necesidades de las mayorías populares.
- La educación universitaria debe estar abierta a todas las corrientes de pensamiento y debe promover el conocimiento y asimilación de los logros científicos y culturales de alcance universal, a la vez que procura un mayor conocimiento, valoración y desarrollo de la propia identidad nacional.
- Es indispensable para el desarrollo de la labor universitaria y el logro de sus fines el contar con un conjunto de profesores debidamente

preparados y titulados, a los que se les asegure un modo de vida y a los que se les facilite una constante superación.

- Los escasos recursos disponibles en el país, el limitado aporte del presupuesto nacional al sistema educativo en su conjunto y el carácter de privilegio relativo que supone en El Salvador el acceso a la educación superior y la obtención de un título profesional, exigen un aprovechamiento óptimo del sistema de educación superior.
- La condición de estudiante universitario es un derecho al que corresponden obligaciones correlativas en el mejor aprovechamiento de lo mucho que la sociedad entera invierte en su formación (citado por Mora Galiana en "Para leer a Ignacio Ellacuría", texto en Internet).

**Aquiles Montoya**

